

Las colonias inglesas

Al iniciarse la guerra de Independencia, había (*aparte del Canadá y de los territorios situados al este del Mississippi, recién conquistados a Francia, y de la Florida, recibida de España*) trece colonias inglesas en América.

Entre las más importantes se encontraban Virginia, Massachusetts, Pensilvania y Nueva York. Las colonias habían sido fundadas por compañías comerciales, como Virginia, o concedidas a particulares. Cada una de ellas tenía su propio gobierno, y eran muy celosas de sus libertades: sobre todo, no querían que se les impusieran tributos sin haber sido aceptados previamente por ellas. Inglaterra, al negarse a satisfacer sus exigencias, se exponía a que se rebelaran; y, al cabo de ocho años de guerra, tuvo que resignarse a perder las trece colonias.

A mediados del siglo XVIII, las colonias inglesas en América tenían, aproximadamente, 1.300.000 habitantes. La mayor parte de la población se componía de puritanos, es decir, protestantes rigurosos que se habían ido de Inglaterra porque allí no podían practicar el cristianismo de acuerdo con su fe. Hombres virtuosos ("*temerosos de Dios*", *para emplear el calificativo que ellos se daban*) y por lo general muy trabajadores, se habían establecido en las colonias del norte, de clima más duro. Se dedicaban a la agricultura, la pesca, el comercio o la artesanía.

En un folleto de información para quienes deseen marchar a América, publicado en 1760 por el hombre de ciencia y diplomático Benjamín Franklin, podía leerse lo siguiente: "*Lo cierto es que en este país hay pocas personas tan miserables como los pobres de Europa, y también son poco numerosos quienes serían considerados ricos en el Viejo Mundo. Predomina una feliz mediocridad.*"

La vida en las Colonias del Sur

Sin embargo, en las colonias del sur, y sobre todo en Virginia, el clima había contribuido a formar un estilo de vida diferente: allí predominaban las grandes plantaciones en que se cultivaba tabaco, arroz y caña de azúcar. Las costumbres no eran tan austeras como en el norte: se celebraban grandes bailes, a los que acudían los plantadores a caballo o en calesa; en los clubes y las tabernas se bebía y se jugaba con pasión; y la montería gozaba de mucha popularidad.

No obstante, buena parte de la población no se beneficiaba de estas diversiones: los esclavos. Entre 1750 y 1800, cada año fueron importados a América de 50.000 a 100.000 negros. Entre 1725 y 1856, casi 20 millones de negros fueron sacados de África para llevarlos a América, sobre todo al sur de Estados Unidos.

Los propietarios de las grandes plantaciones necesitaban mano de obra. En consecuencia, los negreros (es decir, los traficantes en esclavos) se dirigían a las costas del golfo de Guinea, en África, donde cambiaban por negros el ron que habían comprado en las Antillas: por 8.000 galones (unos 30.000 litros) de ron podían obtenerse 35 hombres, 15 mujeres y unos cuantos niños. Estos desventurados atravesaban el Atlántico en condiciones deplorables, encadenados en las bodegas de los buques. Una vez llegados a su destino, eran revendidos al por menor.

Situación económica

La guerra de los Siete Años (1756–1763) de Inglaterra contra países europeos, fue muy costosa para ésta. Aunque este país triunfó y desbancó a los franceses en India y Canadá, los gastos fueron muy cuantiosos. Había que llenar de nuevo las arcas del Estado.

Con esta finalidad, el Parlamento británico aprobó en 1765 la Ley del Timbre, la cual estipulaba que el papel timbrado, vendido por agentes designados a este efecto, debería ser empleado en América en todos los documentos, permisos, anuncios, periódicos, almanaques, naipes, etc.

Los colonos norteamericanos se opusieron con éxito, a este gravamen, que les era impuesto por una asamblea en la que no estaban representados. Sin embargo, los problemas económicos de Inglaterra no estaban resueltos, y en 1767 el primer ministro consiguió hacer aprobar nuevos impuestos que gravaban el vidrio, el plomo, las pinturas, el papel y el té que eran introducidos en América.

Los colonos, enfurecidos, declararon el boicot al comercio inglés. La metrópoli envió tropas. La tensión era cada vez mayor, y la 'masacre de Boston' hizo que llegara al límite: el 5 de marzo de 1770, grupos de jóvenes insultaron a los soldados ingleses y los acribillaron con bolas de nieve; los soldados, irritados, hicieron fuego contra ellos, y hubo cinco muertos entre los colonos.

Esto desencadenó la cólera de los norteamericanos. El gobierno inglés decidió abolir todos los gravámenes, excepto el del té, y fue esta pequeña omisión el motivo de la guerra.

Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América

Tras el incidente del Boston Tea Party, Jorge III, rey de Inglaterra, exclamó: *"Las colonias tendrán que o vencerme, o se someterán"*.

Los colonos organizaron milicias, y en Filadelfia se reunió el primer Congreso Continental, al tiempo que se multiplicaban las escaramuzas con los ingleses. Un enfrentamiento entre soldados ingleses y rebeldes, ocurrido en Lexington en abril de 1775, precipitó el comienzo de la guerra.

Los norteamericanos no podían combatir solos contra la potencia de Inglaterra; por consiguiente, les era indispensable atraer la atención del mundo hacia su causa. Éste es el motivo de que suscribieran la solemne la *"Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América"*, el 4 de julio de 1776, redactada por Thomas Jefferson (*quien andando el tiempo llegaría a ser el tercer presidente de Estados Unidos*), la Declaración se inspiraba en la filosofía de la Ilustración.

Afirma que *" todos los hombres han sido creados iguales; que el Creador les ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre los cuales figuran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad"*. Por primera vez en la historia, se reconoce a los hombres el derecho a ser felices: ésta es la mayor originalidad de la Declaración de Independencia, texto que ha inspirado numerosas constituciones en todo el mundo.

George Washington

Estos derechos recién proclamados iban a ser conquistados por George Washington y algunos puñados de hombres. Todavía se considera a George Washington como la figura más destacada en la historia de Estados Unidos.

Nacido en 1732 en Virginia, en el seno de una familia de grandes terratenientes, tornó parte en la guerra de los Siete Años y la terminó con el grado de general de brigada. Cuando estalló el conflicto con Inglaterra, era una de las más notables personalidades de la colonia. Renombrado por su bravura y su sentido común, fue elegido comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas. Hombre enérgico, íntegro, tenaz, desprovisto de ambiciones personales, puso siempre en primer lugar los intereses de Estados Unidos y ejerció gran autoridad moral sobre sus compatriotas.

El ejército del que disponía Washington no era muy lucido, y la buena voluntad no podía arreglarlo todo. Los soldados andaban escasos de armas, de municiones e incluso de uniformes. Un alemán que describía un

campamento norteamericano al principio de la guerra explicaba que había visto a los oficiales montar la guardia vestidos con una especie de batín hecho con retazos de mantas viejas. A pesar de la falta de recursos no impidió que los norteamericanos consiguieran en octubre de 1777 su primera victoria, importante, en Saratoga. La ayuda francesa y de otros países europeos opuestos a Inglaterra (España, Holanda) permitiría a los rebeldes conseguir nuevas victorias.

La ayuda europea y la independencia

Los rebeldes americanos pensaron que Francia era el país más indicado para prestarles la ayuda que necesitaban a fin de proseguir la lucha: en efecto, esta nación deseaba vengarse de Inglaterra, y vería con muy buenos ojos una revolución en las colonias de su enemiga.

Para conseguir el apoyo francés, los norteamericanos enviaron como delegado a París a Benjamín Franklin. La elección no pudo ser mejor, pues el Pobre Richard (*seudónimo con que firmaba sus colaboraciones en un almanaque*) era ya bien conocido en Europa por sus trabajos acerca de la electricidad y sus múltiples inventos, entre otros el del pararrayos. Con anterioridad ya había vivido en Londres, con la misión de defender los intereses de varias colonias. Muy pronto gozaron de gran popularidad en los salones parisienses su gorro de piel, sus zapatos de gruesa suela, sus gafas de doble foco y su calva, la cual, al contrario de lo que ocurría en aquella época en que todo el mundo llevaba peluca, no intentaba ocultar.

Durante una sesión de la Academia de Ciencias se encontró con Voltaire. Los dos ilustres ancianos (*Franklin tenía 72 años y Voltaire 84*) se abrazaron en medio del entusiasmo delirante del público. Pero lo más importante es que en 1778 Franklin firmó, en nombre de los Estados Unidos de América, un tratado de amistad, de comercio y de alianza con Francia, al que luego se unirían España y Holanda. Su misión había tenido éxito.

Mientras tanto, cierto número de franceses, entusiasmados por la Declaración de Independencia, se habían embarcado para tomar parte en la lucha americana. Uno de ellos era el joven marqués de La Fayette, con 20 años recién cumplidos, partió a pesar de la oposición de su familia y del rey. "*Defenderé esta libertad que idolatro...*", escribió el impetuoso joven a bordo del navío que lo transportaba al Nuevo Mundo. Ofreció sus servicios a Washington, quien los aceptó complacido.

Francia envió a América dinero, armas, municiones, uniformes, una flota mandada por el almirante De Grasse y un ejército de 6.000 hombres a las órdenes de Rochambeau. Los resultados de estos esfuerzos no se hicieron esperar: el 19 de octubre de 1781, los ingleses capitularon en Yorktown ante la presión combinada de Washington, De Grasse, Rochambeau y La Fayette. Los rebeldes habían ganado la guerra. El 3 de septiembre de 1783 se firmó el Tratado de Versalles, por el que se reconocía oficialmente la independencia de los Estados Unidos de América.

Los franceses, satisfechos por haber debilitado a Inglaterra, renunciaron al reembolso de los préstamos que habían hecho a los independentistas durante la guerra, y se los regalaron para que contribuyeran a la reconstrucción del país.

Los primeros años de la joven nación americana fueron difíciles: surgieron disensiones al discutir la futura Constitución, el Congreso carecía de autoridad, los militares desmovilizados reclamaban una pensión. No obstante, la situación fue mejorando gracias a la influencia de notables políticos, como George Washington, Thomas Jefferson y John Adams. Una Convención reunida en Filadelfia en 1787 redactó una constitución que entró en vigor en 1789 y que, con algunos complementos posteriores, todavía sigue vigente en nuestros días.

Este mismo año, Washington fue elegido presidente de Estados Unidos